

25 DE DICIEMBRE

EDICIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Mesonero Romanos, 31

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

DIRECTOR, D. JOSÉ ORTEGA MUNILLA

MADRID, 1899

Precio de este número

10 céntimos



EN UN CEMENTERIO MORO



NARRANDO LA BATALLA

En el pueblo marroquí sustituye al libro y al periódico el *Mehdah*, el andariego narrador de las aventuras, el cronista ambulante de las hazañas, el propagandista de las doctrinas mahometanas. En el cementerio se reúnen los moros de las kabilas cercanas, y el narrador habla entre el silencio respetuosísimo y admirativo del auditorio.

En los cementerios de todo el Rif se habrá repetido no pocas veces en los dos meses anteriores, la escena que ha interpretado el distinguido pintor D. Ricardo Madrazo. Los ecos de Melilla habrán repercutido en las kabilas todas, y el viajero, que acababa de presenciar los sucesos, habrá ido a contarlos de valle en valle, sembrando entre las tumbas, sobre los

huesos de los que ya no existen, el odio al cristiano y el amor a la independencia de la raza.

LINDA

Después de una larga carrera literaria de trabajo y lucha, Argimiro Rosa no había con-

seguido, ya no digamos la gloria, ni siquiera asegurar el cotidiano sustento. La extrañeza de su nombre y apellido, que juntos parecían formar caprichoso pseudónimo, le fue útil al principio, en esos años juveniles en que brotan reputaciones efímeras, pronto derrocadas si no descansan en méritos positivos. Las primeras poesías y artículos inocen-

tes de Argimiro Rosa se leyeron con cierto interés, y quedó en la memoria de muchos el eco de tan raro nombre. ¡Argimiro Rosa! «decían vagamente.» ¡Argimiro Rosa! Si, si, ya caigo... Aguarde Vd... En el *Semanario*... en el *Museo de las familias*... En fin, no sé... Debe de ser de aquellos románticos melancólicos.

Ayuntamiento de Madrid

Verdaderamente, aunque Argimiro gastó largo tiempo trota negra, reluciente y bien atusada, y sólo la suprimió al advertir que le costaba un sentido remudar cuernos de gabinetes, no se le podrá afiliar á la escuela romántica genuina. Desde que los editores de obras por entregas hicieron presa en él y le impusieron su estética propia, Argimiro fluctuó entre un pseudo romanticismo ojeroso y espeluznante y un pseudo realismo de presidio y taberna. Amarrado al duro banco de la producción forzada y del género de pacotilla, Argimiro imitó por turno y según lo requería el caso á Fernández y González, á Ortega y Frías, á Ayguals de Izco, á Pérez Escrich, á los maestros del género, en suma; y hasta llegó á competir con ellos, disputándose asuntos efectistas y melodramáticos, encontrados por editores ingeniosos. Cierta popularidad oscura, que le valieron obras como *Los canallas de quante blanco*, *Emperador*, *fraile y verdugo*, *La sombra del parricidio* y *Los hijos de un prestamista*, pudo en ocasiones hacerle creer que, si hubiese dispuesto de libertad, dejaría escrito algo más selecto que salvase su nombre del olvido. Pero hacia bastantes años que Argimiro no acariciaba ese luminoso ensueño hijo de la aurora. Aspiraba únicamente á ganar con sus engendros lo necesario, un pan duro cada día, á fin de no ser gravoso á nadie.

Porque conviene decir que Argimiro guardaba en su alma nociones de innata honradez, y de ese nobilísimo orgullo que impulsa á trabajar por la independencia; además tenía la cautela, la parsimonia, la llamada modestia en el vivir, que caracterizan á las personas delicadas, en quienes es una segunda naturaleza la probidad. En este sentido, nadie menos bohemio que Argimiro Rosa, porque si conoció á maravilla el arte de someterse á una privación oculta, ignoró siempre el de rehuir la pidiendo prestado un duro. Bien podía Argimiro no ser ningún geniozo de esos que señalan su paso por el mundo con huella esplendente; pero tampoco era, de fijo, de los que confunden el genio con las trampas.

Hasta cabía sostener la paradoja de que era rico Argimiro, porque él no gastaba un céntimo más de sus ganancias y aun economizaba piquillos que tenía de reserva, «para el entiero» solía decir con humorismo apacible. Repugnábale, en efecto, la idea de esos sepelios de caridad á que parecen sentenciados los escritores, y consideraba una profanación de la muerte el sentimentalismo de ultratumba. Quería irse de este mundo como viviera en él: sin importunar, sin abusar, sin avergonzarse.

Con este criterio ya se deja entender que Argimiro había renunciado deliberadamente á los intranquilos gozos de la familia. Sostener esposa y niños no cabía en los posibles del buen novelista, y ni las horrendas fechorías de la alta aristocracia ni las inauditas gapezas de los chulos, referidas en interminables entregas, daban para tanto. Se resignó Argimiro á no tener más sucesión que los aventureros de frac y los rufianes de marcelles que creaba á docenas, á brochazos y en menos que canta un pollo, y formó su hogar en una casa de huéspedes, eligiendo patrona de buena entraña, manida y apacible, capaz de servir una tacita de caldo con cierta cordialidad afectuosa; y allí, en el reducido cuartucho, sobre angosta mesa, instaló el molino al vapor de las cuartillas. Sólo Dios sabe cuántos raptos, desafíos, asaltos á conventos, intoxicaciones, puñaladas y desaforados de toda clase salieron de aquel modesto asilo, entre la cama de hierro, desvencijada ya, y una cómoda privada de tiradores. Mientras Argimiro deliberaba sobre si convenía empacar al duque ó sería mejor acuchillarle por la espalda, la perrita de aguas Linda, única compañera de la soledad de Argimiro, dormitaba hecha una roca, probando que los irracionales son más dichosos que el rey de la creación.

No porque se hubiese condenado á celibato voluntario carecía Argimiro de sensibilidad. Al contrario: su alma tierna rebosaba cariño, y se asfixiaba con no poder desahogarlo. Si Argimiro hubiese sido perfecto (ya se sabe que no puede jactarse de serlo ningún hombre) no carga con la perrita; al cabo Linda era un lujo, una superfluidad del corazón, un capricho sentimental, y ya se sabe que el más pequeño, el más modesto de estos caprichos, entraña peligros sin cuento. ¡Imprudente Argimiro! ¿De qué te ha servido vedarte lo más dulce, abstenerse de lo más apetecible y natural, no tener esposa que te aguarde en la puerta, hijos que se te agarran á las rodillas? Para ti, ese ser viviente que te da la bienvenida con alegres ladridos, que te mordisquea jovialmente las manos y se tiende en el suelo de puro gozo cuando te ve; que comparte tu lecho y al que guardas siempre el azucar del café y las golosinas del postre... te va á costar tan caro como podría costarte ese gran derroche de alma y bolsillo, ese gran poema en prosa que se llama el matrimonio. ¿Qué te valió atrincherarte? Dejaste un portillo y por él entró la muerte.

A fuerza de velar y de poner la imaginación en tortura para discurrir nuevos desatinos; á fuerza de vida sedentaria y de comidas insulsas, de esas cuyo secreto poseen las pupilas, Argimiro había contraído un padecimiento al estómago que amenazaba arruinar para siempre su salud. El médico, consultado seriamente, opinó que el enfermo necesitaba alimentación escogida y sana, algo muy variado, nutritivo y apetitoso, que á la vez combatiese la atonía y la anemia. De no ser así, auguraba pésimos resultados. Sabía era la prescripción, pero mala de seguir para Argimiro, que pagaba catorce reales de pupillage, y jamás había puesto tacha ni reparo á las negras albóndigas, á la seca lonja de vaca, á las flatulentas judías y á la deslabada sopa de pasta (si bien le infundían repugnancia indecible).

Quiso la casualidad que el médico, paisano y amigo constante de Argimiro, hablase del asunto con el opulento negociante D. Martín Casallena, también paisano y amigo del médico y del escritor. Casallena era un rico de clara inteligencia y sentimientos generosos: advino que el enfermo no podía aplicar el método del doctor, y se apresuró á enviar á Argimiro una cartita convidándole á comer aquella misma noche. El obsequio, aceptado, fue encantador: la señora del banquero prodigó á Argimiro las más corteses atenciones; reinó gratísima confianza en la mesa, y el escritor quedó invitado con empeño para todos los miércoles. Al miércoles siguiente, se extendió el convite también á los sábados, y más adelante, con habilidad piadosa, se le rogó que viniese todos los días, excepto los pocos en que la familia Casallena salía convidada á su vez.

Sorprendente fué el efecto de la reparadora comida en Argimiro. Cesaron los desvanecimientos que nublaban su vista, los dolores agudos y las desconsoladoras molestias diarias: el trabajo se le hizo relativamente fácil y el bienestar del estómago contento irradió á todo el organismo. El novelista parecía otro: así se lo decían en la casa de huéspedes y se lo repetían en el café.

Una nube tenía, sin embargo, la reciente dicha de Argimiro. Su conciencia no estaba

tranquila: mientras él disfrutaba de tan espléndida hospitalidad y de tan suculentos banquetes, la pobre Linda, olvidada y sola, se aburría esperando, y le acogía con bostezos llorones de hembra nerviosa que no se acostumbra al abandono en que la dejan, y se desquita en malos humores y en gimoteos. En la mente de Argimiro germinó el propósito de introducir á Linda en la buena sociedad que él frecuentaba. A fuerza de sacar conversaciones, de encarecer su apego á Linda, y las gracias y monerías de Linda, y de insistir en lo acostumbrada que estaba la perrilla á no separarse de su amo, logró que un día exclamase D. Martín Casallena:

—Vamos, mañana se trae Vd. á Linda. Ya tenemos curiosidad de conocer á ese avechicho tan simpático.

Aunque la señora de Casallena había torcido el gesto á esta espontaneidad de su consorte, Argimiro no quiso oír más, y Linda hizo su entrada solemne en los salones del banquero. Es de advertir que la señora de Casallena adoraba en sus magníficos muebles, y no podía resistir que le estropeasen ó manchasen las cortinas de crujidora seda y las tupidas y muelles alfombras. Al principio Linda se condujo muy diplomáticamente en este terreno: correcta y distinguida, cogió las galletitas con la punta del hocico, las devoró en silencio, y se hizo una roca al pie de la chimenea, sobre el guardafuego, sin molestar á nadie. Por desgracia, así que empezó á tomar confianza y á dominar la situación, el animalito fué permitiéndose libertades, al pronto retozonas é inofensivas, después tan descomedidas, inconvenientes y enormes, que una noche, yendo la señorita de Casallena á recoger del músico la sonata en *fa* para estudiarla al piano, exhaló un chillido ratonil y huyó desparvosa á su cuarto, á lavarse las manos con triple extracto de Colonia...

Por lo cual, el señor de Casallena llamó aparte al escritor, y con suma política y bastantes rodeos hubo de manifestarle que la presencia de Linda era incompatible con la tranquilidad de su hogar y el aseo de su mobiliario, y que le rogaba no la volviese á traer á donde producía tales disturbios. Y Argimiro, pálido, demudado y tartamudo de enojo, respondió al banquero que insultar y expulsar á Linda valía tanto como insultarle y expulsarle á él; á lo cual replicó Casallena, á su vez amoscado, que ciertamente merecería la expulsión el dueño si cometiese los mismos desmanes que la perra. Inclínase Argimiro con altivo gesto; hizo un saludo tieso y forzado, y abandonó la estancia llevando en brazos á Linda. Ni al día siguiente ni al nuncio volvió á comer... ¿qué es comer? ni á cruzar la puerta de su antiguo y opulento anfitrión. Explicaciones, recados, mensajes por el médico... todo se estrelló contra la dignidad herida de la perrita de aguas.

A los dos años, Argimiro Rosa falleció de un cáncer en el estómago; y como en la enfermedad se habían consumido sus economías, por fin le enterraron á expensas de algunos amigos. Casallena, que fué de los que dieron más, recogió á Linda y la mantuvo hasta que murió de vejez.

EMILIA PARDO BAZÁN.

LEÓN BENAVIDES

«Un león por armas tengo, y Benavides se llama.»
(TIRSO DE MOLINA.—*La prudencia en la mujer*).

Apuesto cualquier cosa á que la mayor parte de los lectores no saben la historia ni el nombre del león del Congreso, el primero que se encuentra conforme se baja por la Carrera de San Jerónimo. Pues, llamar, se llama... León, naturalmente. Pero ¿y el apellido? ¿Cómo se apellida? Se apellida Benavides. Pero más vale dejarle... á la palabra, y oír su historia tal como el mismo tuvo la amabilidad de contármela una noche de luna en que yo le contemplaba, encontrándole un no sé qué particular que no tenía su compañero de la izquierda.

«¿Qué tiene este león de interesante, de solemne, de noble y melancólico que no tiene el otro, el cual, sin embargo, á la observación superficial puede parecerle lo mismo absolutamente que éste?»

Hacia la mitad de la frente estaba el misterio; en las arrugas del *entrecejo*. No se sabía cómo, pero allí había una idea que le faltaba al otro; y solo por aquella diferencia el uno era simbólico, grande, artístico, casi casi religioso, y el otro vulgar, de pacotilla; el uno la patria, el otro la patriotería. El uno estaba ungido por la idea sagrada, el otro no. Pero ¿en qué consistía la diferencia escultórica? ¿Qué pliegue había en la frente del uno que faltaba á la del otro?

Y contemplaba yo el león de más arriba, empuñado, con honda simpatía, en arrancarle su secreto. ¡Cuántas veces en el mundo, pensaba, se ven cosas así: dos seres que parecen iguales, vaciados en el mismo molde, y que se distinguen tanto, que son dos mundos bien distintos! El nombre, la forma, cubren á veces bajo apariencias de semejanza y aun de identidad, las cualidades más diferentes, á veces los elementos contrarios.

Y en estas filosofías me sorprendió una voz metálica, que vibraba á los rayos de la luna como á los del sol vibraba la de aquella famosa estatua egipcia.

Temblorosa, dulce, apagada, saliendo de las fauces de hierro, decía la voz:

«Es una cicatriz. La diferencia que buscas entre mi compañero y yo no está más que en eso; en que yo tengo en la frente una cicatriz. La cicatriz te revela un alma, y por eso te interesa. Gracias. Ya que te has fijado en que yo tengo un espíritu y el otro no, oye mi historia y la historia de esta cicatriz.»

**

Nací en las montañas de León, hace muchos siglos, en los más altos verticuetos que dividen, con agujas de nieve eterna, la tierra leonesa y la tierra asturiana. Yo era de piedra, de piedra blanca, dura, tersa. Desde mi picacho veía á lo lejos, hacia el Nordeste, otras montañas, blanquecinas también, y á fuerza de contemplarlas húmidas como yo, húmidas hacia arriba, en los esplendores del cielo azul, llegué á enamorarme de ellas, como el objeto más digno de mis altos pensamientos. El sol nos iluminaba; de ellas á mí, de mí á ellas, iban y venían resplandores. Se llamaban Covadonga.

Un día, el hierro de un noble montañés me hizo saltar de mi asiento, me arrancó de las entrañas de mi madre, la cima, y abajo en la cañada del tosco instrumento de un vasallo me labró de suerte que del fondo de mi naturaleza berroqueña poco á poco se fué destacando en relieve una figura, y desde entonces tuve un alma, fui una idea, un león. Fui un león rapante en un cuartel de un escudo. De aquellos días acá pasé por cien *avatares*, por metempsicosis sin cuento; pero sin perder la unidad de mi idea, mi idea de león.

Mi idea nació, en rigor, de un equívoco; mi nombre no debiera ser *león* sino *legión*; porque vengo de *Legio* y no de *Leo*. La ciudad de León, á que debo el ser quien soy, se llama así, como saben todos, por haber sido

asiento de cierta legión romana. Pero hay algo superior á la lógica gramatical, y la transformación de *Legio* en *León* quedó justificada por la historia. Los leoneses fueron leones en la guerra de la Reconquista. Desde mi escudo montañas, donde el cierzo puro de la cañada del puerto me fué ennegreciendo con la pátina del tiempo noble, bajé con los Benavides, cuyo orgullo era, cuyas hazañas inspiraba, á los llanos de Castilla, y corrí por Extremadura y Portugal, y hasta puse la garrá en tierra de Andalucía. En matrimonios por amor y en matrimonios por razón de Estado, vine en enlace muchas veces, en los cuarteles de los escudos, con águilas y castillos, y cabezas cortadas, y barras y pendones. Unas veces fui de piedra, otras de hierro, de plata y oro á veces también; y ora corrí los campos de batalla flotando el aire en el bordado relieve de una enseña, ya saltando sobre el pecho de un noble caballero, ó de una hermosa castellana en la caza, imagen de la guerra.

Mas un día quise probar fortuna en la vida real, dejar de ser símbolo y tener sangre... y convertirme en león verdadero, con garras y dientes, por tener el honor de que me venciesera *Mío Cid*, Rodrigo de Vivar, el que ganó á Valencia.

Pasaron siglos y siglos, y de una en otra transformación llegué á verme hecho hombre, mas sin dejar mi naturaleza leonesa.

Y en mi encarnación humana quise nacer donde había nacido como piedra, y fui león de la montaña, y al bautizarme llamáronme León, y mis padres eran de apellido Benavides. Pero Benavides pobres; nobles olvidados que trabajaban el terruño como sus antiguos siervos.

En mi aldea, como Pizarro en la suya, fui el terror de mis convecinos, pues desde muy tierna edad comencé á obrar como quien era, á hacer de las mías, *leonas*, cosas de fiera. Valga la verdad... desde chico verti sangre; pero fui defendiendo mi dignidad ó la justicia del débil, y luchando siempre, como el Cid mi vencedor, con quince y más enemigos.

Me llamaban *Malospeños*, porque los tenía tales, que crecían como selva enmarañada, crespos y abundantes, de tal forma, que en la fortísima cabeza no se me tenían gorra ni sombrero, que me sofocaban como si fueran yugo.

En las romerías hacia yo mis grandes estragos, mis hazañas mayores... Yo no quería mal á nadie, ni siquiera á los montañeses del otro lado de los puertos, con quien los mi pueblo andaban en guerra en tales romerías... No aborrecía á nadie... pero el amor, el vino, todo se me convertía á mí en batalla. Los ojos de las zagalas morenas y pensativas de mi montaña leonesa me pedían hazañas, sangre de vencidos... La voluptuosidad para mí tenía como un acompañamiento musical en el esfuerzo heroico, en la temeridad cruenta. Y después, como el diablo lo anasca, siempre se me ponían entre las manos huesos frágiles, músculos fofos... No sabían resistirme... Sabían irritarme y no sabían vencerme. Nadie me tenía por malo, aunque todos me temían; y entre bendiciones y llanto de zagalas, viejos y niños... acabé por salir del pueblo camino de presidio. Tenía veinte años.

Por hazañas inauditas, por esfuerzos heroicos; salvando á un pueblo entero á costa de sangre mía—poca y casi negra,—vine libre de cadenas y convertido en soldado. En la guerra bien me iba; pero la paz era horrible. Había una cosa que se llamaba la disciplina que en la guerra era un acicate que animaba, que confortaba; y en la paz como el hierro ardiente del domador, que horroriza y humilla y hasta acobarda, y agria y empuñequece el mismo carácter de los leones, que ya se sabe que por sí son nobles.

¡Lo que me hizo padecer un cabo chiquito que oía á mala mujer y se abusaba mucho; muy orgulloso porque sabía de letra! ¡Lo que me hizo padecer por causa de los picaros botoras, que todos los días me estallaban sobre el pecho! A mí el pecho se me ensanchaba como por milagro; respiraba fuerte, como una fragua y... ¡zas! allá iba un botón; y el cabo allí enfrente, debajo de mi barba, insultándome, sacudiéndome. «Despreciable ¡hagráni! ¡mal recluta!» ¡Y la gorra de cuartel! No me cabía en la cabeza. Cada vez que entraba en fuego, la gorra, el ros, ó lo que fuese, me saltaba del cráneo, por que de repente la melena me crecía, se enmarañaba... ¡qué sé yo! No podía llevar nada sobre las sienes. ¡Y qué disgustos! ¡qué humillaciones por esto! En la acción yo era el más bravo, pero en el cuartel siempre estaba bajo el rigor de un castigo; pasaba arrestado la vida...

Por fin, en una campaña terrible, en que morían los nuestros como si fueran moscas, y morían sin compasión, descuartizados... yo me volví lo que era, una fiera loca. Y no sé lo que hice, pero debí de ser tremendo. En el campo de batalla, á mis solas, rodeado de enemigos, me convertí en lo que fui en tiempos del Cid... pero aquí el Cid era yo; vení, desahice, magnillé, me bañé en sangre... hasta hínqué los dientes... era león para algo. Después se habló de mi heroísmo, de la victoria que se me debía... pero me vendió la sangre que me brotaba de la boca. ¡Era una herida! No. La sangre no era mía. Parece ser que entre los colmillos me encontraron carne. La cosa estaba clara; caso de canibalismo... ¡qué se diría! No había precedente... pero por analogía... El honor, la disciplina... la causa de la civilización... también estaban sangrando. Se formó el cuadro, dispararon mis compañeros, los mismos á quien yo había salvado la vida. Y así redondo. No me tocó mas que una bala, pero bastó aquella, me dió en mitad de la frente. Me enterraron como un recluta rebelde y resucité león de metal, para no volver más á la vida de la carne. Aquella bala me mató para siempre. Ya jamás dejaré esta figura de esfinge irritada á quien el misterio del destino no da la calma sino la cólera cristalizada en el silencio. Esta cicatriz tiene tanto de cicatriz como de idea fija.

Calló el león y, con desdén supremo, volvió un poco la cabeza para mirar á su compañero de más abajo, el león sin cicatriz, vulgarmente arrogante, insustancial, cómico, plebeyo.

«Yo, concluyó Benavides, soy el león de la guerra, el de la historia, el de la cicatriz. Soy noble... pero soy una fiera. Ese otro es el león... parlamentario; el de los simulacros.»

CLARÍN.

VIENTOS QUE CORREN

Observatorio de EL IMPARCIAL

La tarea de observar lo que no nos importa, mirando al cielo, siquiera sea oficio de sabios, es tan baldía como antihigiénica, y mucho más práctica y socorrida resulta la de bajar los ojos á la tierra, hsumear por los rincones de los alcázares, hoteles y cuevas, y ver qué quiere esta picaresca humanidad, compuesta de tantas y tan abigarradas muchedumbres de todas capas y colores, y de tantas cabezas, macizas ó huecas, á las que el viento diario de los caprichos y an-

tojos de la opinión, mueve y hace declinar como las ráfagas del cierzo á los sembrados, ó como el impetuoso soplo del solano, «que anuncia la muerte de escribanos,» á las olas del mar. Si nuestro observatorio, en vez de estar situado entre las Vistillas y Buena Vista, se alzara en las colinas que dominan al Oder ó al Severn, estas crónicas se bautizarían con el título de *Rundschau* y *Der Sammler* ó de *The point of view*; pero, recogidas y redactadas aquí, sobre el insignificante Manzanares, y bajo un cielo puro y transparente, que en nada se parece al nebuloso amarillento *yellow fog* de la patria de Dickens, de Tyndall y de Carlyle, tiene que denominarse como queda escrito á la cabeza, siquiera los vientos que á menudo corran por aquí y por el resto del mundo civilizado no sean todo lo apacibles y provechosos que desean los cosecheros de paz, pan y petasas.

Aun no se ha restablecido el equilibrio en la atmósfera que nos rodea ni en la excitación nerviosa que nos agita á consecuencia de las colosales vibraciones que en el medio material y psíquico en que vivimos produjeron las explosiones de Santander, Barcelona y París. Y á voz en grito la humanidad sensata maldice de la química y de todos los químicos, como hace 500 años maldijo de Bertoldo Schwart, el fraile de Friburgo, que dicen (lo cual no es mas que un decir) que descubrió la pólvora. Muy caros pagamos los adelantos de la civilización, y algunos millones daríamos todos los atrasados burgueses que vivimos en el mundo, por que no se hubieran descubierto la nitroglicerina, la dinamita, la ruborita, la melinitica, la gelinita, la pancelastita y la fulgorita, que á pesar de sus nombres, tan suaves é inocentes como los de cualquiera Pepita, Carmencita, Manolita y Juanita, resultan ser mucho más mortíferos para el hombre que éstas y otras damas, que es cuanto hay que decir, porque desde que apareció la primera en el Paraíso, y explotó y se llevó consigo á Adán camino de los profundos infiernos, no ha habido un día de paz ni de ventura en este miserable mundo. Pero, cuando Dios da, ya saben Vds. lo que dice el refrán, y ahora, cualquier químico, de mucho ó de poco pelo, que se ponga á trabajar en su laboratorio, en vez de dar con la piedra filosofal ó con el élixir de larga vida, da con un explosivo, sin poderlo remediar. De las manos se me ha caído esta mañana una parte, recibido en este Observatorio, en el que se dice que habiendo preparado un veterinario de Amberes un matolotaje emplástico para aplicarlo á un rocinante, y que se componía de espíritu de nitrodulce, tintura de acónito, tintura de genjiana, extracto de velladona, nitrato de potasa, cloruro de amonio y agua, reventó espontáneamente la mezcla con el fracaso que la contenía, sin que nadie la calentara, agitara ni percutiera, sembrando el espanto en toda la vecindad del dueño del jaco, que había ido á buscar el medicamento y que, á estas horas, no ha vuelto en sí, ni piensa volver más por casa del profesor, aunque se quede de infantería para siempre.

Con semejante fecundidad de producción explosiva, puesta en manos del ciudadano más inofensivo, es muy difícil sortear la tormenta que se nos viene encima, y mucho más cuando el anarquismo apunta y descarga sobre todo el que no sea anarquista, así esté acreditado de ser el socialista más acérrimo del orbe. Esta es la orden del momento: guerra del anarquismo al socialismo; guerra ultraradical del individuo libre contra el Estado absorbente y dominador. El socialista, terror de nuestra gente ayer, es hoy un reaccionario burgués para el anarquista. Contra la sociedad vino el socialismo, y contra el socialismo, para reducirlo á polvo, viene el anarquismo. El colectivismo de Carl Marx, según los anarquistas, es la esclavitud, una especie de presidio industrial. Malato, el anarquista, asegura que el comunismo organizado y reglamentado de los socialistas, la constitución de ese funcionalismo oligárquico, resultaría ser un despotismo más inmundo que el de la monarquía más absolutista. Esas ideas de ruin imitación del cuartel y del convento, dice el príncipe Kropotkin, son parto de cerebros perversos por el ejercicio de la autoridad ó deformados por una educación fanática. La anarquía es el único orden posible, dijo en sus tiempos Proudhon; y Ranc asegura que el orden es la disolución del gobierno en un organismo natural, la soberanía de todos en vez del contrato, el arbitraje en vez de la justicia, y el trabajo realizado como cada uno pueda. Y no solo son los socialistas los anatematizados y aborrecidos por los anarquistas, sino que entre estos mismos se odia á los anarquistas individualistas, que predicán la resistencia pasiva y la evolución más ó menos lenta, por los anarquistas comunistas ó revolucionarios, que aspiran á imponerse por la destrucción. El colectivismo comunista dice: «á cada uno según lo que trabaje»; mientras que el anarquismo comunista sostiene que «á cada uno según lo que necesite.» No habrá propiedad, exclaman, y no podrá haber, por consiguiente, crímenes contra la propiedad. ¡Lástima grande que no pueda aplicarse este razonamiento á la vida! para añadir: «no habrá vida, y por consiguiente, no se cometerán crímenes contra la vida.»

No es posible resumir las demás aberraciones de la secta, pero aún hay un más allá, en semejantes ideas. A Kropotkin, anarquista, sucede Stirner, pesimista ultra furibundo, que predica el dominio absoluto de los más potentes y de los más contra los más débiles y el aniquilamiento de los vencidos, él, que se casó, ó cosa así, con una moza que lo elevó y lo puso como nuevo por arriba y por todas partes. Nada de fé, ni de ley, ni de Dios, ni de rey. El mismo ejercicio de la representación popular es un crimen. Hombre tan eminente en la ciencia como el gran geógrafo y furioso anarquista Eli-seo Reclus manifiesta que: «Todo diputado es un Judas, que se sirve de la excusa de que trabaja por el pueblo para hacerse un lugar en las filas de los que lo explotan.» «Para nosotros, ha dicho en el Congreso anarquista de Zurich hace dos meses el doctor Gumplowiz, no hay diferencia alguna entre un Gobierno socialista constituido por Behel y Liebknecht y el de Guillermo-Capri-Miguel.» Y así juzgan á todos los partidos republicanos y á todos los partidos monárquicos. Puestos en la pendiente de la destrucción del orden social, todos los maestros y filósofos de esta escuela han rodado por ella admitiendo como legítimos y disculpables los más sangrientos horrores. Bakunine y Kropotkin y Netchaieff, rusos, y Niederwald y Most, alemanes, y Peukert austriaco, y Reclus,

francés, no retroceden ante todas las enormidades que se han cometido. Y ¿cosa rara! en Inglaterra y en Suiza, puertos de refugio de los anarquistas más fieros, el proletariado, frío y práctico en su carácter y en sus aspiraciones, no sigue apenas al anarquismo, sino que se aferra más y más cada día á las reformas sociales de carácter económico. Allí el obrero persigue al anarquista, y contra la masa social el anarquismo no prospera. La conveniencia pública se impone; se quiere que el trabajo esté seguro, que la paz no se turbe y que no falten el jornal en el bolsillo del trabajador, ni el pan ni la carne en la mesa de la familia.

**

Como augurio de paz para el porvenir circular la noticia en estos días en Inglaterra entre las clases conservadoras de que la duquesa de York, esposa del hijo único del príncipe heredero de la corona, se halla en estado interesante, y espera recibir allá para Junio el gran alboroz de contar con otro futuro sucesor del imperio británico-indio. Hoy la duquesa de Fife, hija mayor del príncipe de Gales y cuñada por consiguiente de la de York, figura en tercer lugar entre los cincuenta y tres personajes, parientes inmediatos de la reina Victoria, que pueden abrigar esperanzas de sucederla en el trono, sin contar otros muchos colaterales que descienden del rey Jorge III; pero no sería jamás el duque de Fife un rey consorte muy popular en aquel país, que tanto se paga de los orígenes y tradiciones de las grandes casas, porque su nobleza, ni es muy antigua ni muy elevada, descendiendo como desciende de un modesto comerciante callejero que fué favorecido por Guillermo de Orange. Además los duques no tienen hijos varones. Piensan, pues, los prohombres ingleses que manejan el dinero, la política y gran parte de la opinión, piensan mucho más en la buena ventura que caería sobre el reino si el duque de York tuviera uno ó varios hijos, que en la avalancha de las doctrinas socialistas y anarquistas, porque al cabo de muchas y colosales huelgas y de extraordinarias é imponentes manifestaciones de las clases obreras, se ha demostrado allí que mientras hierven la caldera de la máquina de vapor en la fábrica, en la mina y en la vía y el puchero en el hogar, no hay revolución comunista, ni colectivista, ni anarquista posibles. Un puchero lleno é hirviendo, cuyos alegres murmullos se reflejan tan placenteramente en el estómago y en el corazón, es mucho más elocuente y convence mejor á los trabajadores y á sus hijos que todos los artículos levantiscos de la prensa furibunda, siquiera sea tan fiera como la *Revolte*, la *Freiheit*, la *Germania* ó el *The Anarchist Indicator*. El hambre, el vacío en el estómago y en el corazón, combinados con la plétora de ilusiones en el cerebro, son las únicas energías que al través de los tiempos han fundado las más extravagantes sectas y han realizado los mayores crímenes.

**

La imprescindible necesidad de defenderse contra los que en nuestros tiempos tienen atomizado al mundo, impone una estrecha y cordial alianza entre las naciones, para que, constituido por todas ellas el verdadero ejército de la salvación, que se encargue de perseguir y de anular la propaganda y la acción de semejantes enemigos del género humano, podamos vivir seguros en lo posible. Pero no por esto dejará de trabajar el cacumen de los químicos en su peligroso empeño de descubrir nuevas sustancias que legalmente y con humos de gloria, aniquilen á parte de la humanidad en los campos de batalla, ni contra tal tendencia se unirán en aspiración generosa muchos pueblos, sino que continuarán de propósito y para favorecerla, tan divididos como están hoy. Ante la vista tengo el último número del *Blackwood Magazine*, en el que un escritor militar inglés muy reputado y general muy valeroso y entendido, sir Archibald Alison, que perdió un girón de un brazo en Sebastopol y un brazo entero en Lucknow luchando con los cipayos, y que sacó la levita agujerada en Tel-el-Kebir y en la campaña contra los Achantis, se ocupa de la próxima guerra europea. Según este sabio autor del *Tratado de la organización del Ejército*, Francia dándose mucha prisa á armarse hasta los dientes ha llegado al límite de sus esfuerzos, mientras que Alemania, que va más despacio, aún tiene cuerda para rato. Dice como decía el otro, «que vamos lenta pero seguramente» (textual) *la guerra de los gigantes*, entre la doble y la triple alianza. Según sus cuentas, Rusia tiene hoy sobre las armas: mirando á la frontera alemana 784.000 hombres; mirando á Constantinopla 80.000; en el Cáucaso 50.000; alrededor del Caspio y sobre las fronteras afgana y china 51.000, y frente al Japón 12.000, es decir, en suma, alrededor de un millón de combatientes. Cuando Alemania logre desenvolver todos sus proyectos de organización militar contará con 4.300.000 hombres disponibles. Hoy, entre Francia y Rusia tienen 362.000 soldados más que Alemania, Austria é Italia juntas, pero cuando la triple se ponga en pie de guerra reunirá 503.000 más que aquellas dos. El plan de Rusia es, según Alison: concentrar en la frontera de Polonia el mayor número posible de soldados para aplastar á Alemania con ayuda de Francia; luego, si sale adelante, dirigirse sobre Constantinopla, y si después «as cosas vao ben» meterse en la India. Para ese gran drama quedan reservadas la melinita, la ruborita, la pancelastita y la fulgorita. Y ¿cosa admirable! aunque con tales inventos se exterminen seiscientos ó ochocientos mil hijos y padres de familia, ni le parecerá mal á nadie, ni se quejará nadie.

R. BECERRO DE BENGOA.

A ESO VAMOS...

¡Sí, señor; á eso vamos, aunque poquito á poco; lo mismo que hilaba la vieja el copo, ó bien como *desaparecía lenta pero continuamente la media luna de la culta Europa*; vamos á eso, quiero decir, á convencernos de que la celebridad es uno de los más poderosos estímulos (el más poderoso tal vez) de cuantos aguijonean á ciudadanos muy poco instruidos y muy mucho hambrientos para la comisión de crímenes, que ponen espanto en los espíritus más serenos y llevan justificada y general zozobra á los hogares más pacíficos y más humildes.

Cuando de esa verdad estemos convencidos todos; cuando esa convicción haya arraigado en las inteligencias de los que á escribir para el público nos dedicamos con honrados propósitos y con intenciones sanas, estaremos ya en camino de contribuir eficazmente á que tal estímulo desaparezca y á que,

APUNTES DE CAMPAÑA

En Sidi Guariax

Melilla 9 Diciembre 1893.

Después de atravesar el pantanosillo llano que sirve de campo de maniobras, Bennet Burleigh, war correspondant del Daily Telegraph, Alvarez Dumont, reputado pintor y corresponsal artístico de EL IMPARCIAL, y yo cruzamos el río Oro por los tablones que hacen servicio de puente y acometemos la empinada cuesta en cuya loma se alza Camello.

El fuerte queda á nuestra izquierda y al asomarnos á la altura se desarrolla ante nuestra vista pintoresco panorama.

A lo lejos, casi en el término de la suave pendiente que ascendiendo hacia la sierra forma el terreno, se destacan cual bandada de blancas palomas las tiendas de campaña que entre el fuerte en construcción, causa original de la campaña, y los límites del territorio moro, han levantado los ingenieros. Sirve de fondo al paisaje el Gurugú, de recortada cresta, y en sus faldas, ricas en tornasoles de azul, de verde y de gris ponen nota de vida los débiles y movientes penachos de humo de las hogueras en cuyo rescoldo euecen sus tortas los moros de la montaña. A la izquierda, allá en lo hondo, el mar recoge, cual cóncavo cristal de un reflector rayos de sol que ciegan y abrasan la vista y sirviéndole de marco en el lejano horizonte se dibuja una línea de costa que á ratos engaña con fantásticos espejismos de palmeras y de ciudades y en medio de la cual se levanta indecisa la silueta de Chafarinas. Ondula el suelo á nuestra derecha entre valles apacibles y suaves lomas, profundos barrancos y costas agrestes hasta perderse de vista, salpicando las laderas raro caserío rifeño, pardo y miserable cual cortijo alpujarreño.

Las tropas se extienden ocupando posiciones entre nosotros y Sidi Guariax. Los haces de fusiles formando pabellón arrancan destellos al sol. Cada grupo de soldados parece un vivac en miniatura. Las guerrillas están desplegadas y con el traje gris de mecánica se confunden entre los montones de piedras que les sirven de parapeto y las trincheras que surcan el terreno y en las cuales buscan abrigo.

El suelo pedregoso y abundante en palmitos, está cubierto con la menuda vegetación de los montes; macizos de violetas invernales alternan con el brezo, el romero, la bolina y el tomillo en flor, salpicando el terreno de suaves colores.

Media hora de marcha nos pone en Sidi Guariax. Más allá de las obras del fuerte, á la puerta de las obras de los ingenieros está el bajá del campo, con el intérprete Marin al lado y un grupo de oficiales rodeándole y conversando con él. A los pocos pasos, su criado, hermoso tipo de negro de Timbuctú, tiene de las riendas el caballo de su señor. Y á un tiro de piedra de nosotros, al frente, unos cuantos moros, sentados en la trinchera que tienen hecha casi en la raya fronteriza, contemplan las obras y con su inmovilidad oriental, sus blancos jaiques y su extraño armamento forman singular cuadro que atrae las miradas. Alvarez Dumont saca su album, su tintero y su pluma y empieza á retratar al bajá, quien deja complaciente que traslade su imagen al papel. Burleigh habla de los dos Mahdis, de Osman-Digma y del Sudán, donde hizo larga campaña, y nuestro corresponsal artístico, que se ha criado en Casa Blanca y habla algo el árabe, mete también baza en la conversación y refiere como la memoria de un tío suyo, don Francisco Atalaya, es venerada como la de un santón entre los moros; Sidi Paco es el nombre con que le rinden culto y á su tumba llevan velas y van á hacer oración.

El bajá, hombre más cercano de los sesenta que de los cincuenta, de gudejas entre canas, que le caen á uno y otro lado de la revuelta barba, aspecto bonachón y mirada paciente, escucha aprobando cuanto se dice con un *me-lij* (palabra que quiere decir (bueno)) melifluido que es su estribillo habitual.

Por el camino que pasa pegado á la trinchera mora desfilan interminable caravana de gente que viene de Mezquita, de Mazuza y aun de Quebdana y que se dirige á la feria de Frajana: campesinos con borriquillos cargados; mujeres llevando á la espalda sus criaturas de pecho; familias enteras que forman una verdadera caravana; hombres sueltos que van á la feria á comprar ó á charlar y á enterarse de las noticias que hay de la guerra con los españoles; y de vez en cuando un moro de calidad á caballo y llevando de escolta un par de servidores. Los hombres van todos armados, pero con los fusiles metidos en su funda y resguardados debajo de la chilaba para que no se estropeen: pasan de largo, sin dirigimos ni una mirada y de fijo que van mascando entre dientes la palabra *yell* (perro) de rigor en todo buen rifeño cuando se encuentra con un cristiano. Las mujeres van con la falda á media pierna, descubierto el tostado semblante y los negros rizos cayéndolas hasta el pecho á uno y otro lado de la cara; durante media hora las observamos sin que acertemos á descubrir una de mediana belleza; ellas también nos miran, y verdaderas hijas de Eva, se detienen largo rato para contemplarnos y cuando se deciden á seguir su camino lo hacen charlando y riéndose y volviendo á cada momento la cabeza.

La mezquita de Sidi Guariax es otro objeto de gran curiosidad para nosotros. Sus ruinas tal como las representa el dibujo que sobre el terreno tomó Alvarez Dumont, se levantan á menos de trescientos metros de nosotros. Bajo ellas yacen los restos del gran santón que da nombre á la mezquita y á la comarca y en todo el día dejan de llegar moros que bajo le que queda en pie de la cúpula que destruyeron los cañones españoles, y con el rostro vuelto á Oriente y las manos cruzadas unas veces sobre el pecho, alzadas otras con las palmas hacia el cielo, hacen sus plegarias.

Una parte del poblado de Frajana se extiende á la izquierda del santuario. Son grupos de dos y cuando más de tres casitas pardas enclavadas en medio de pequeños macizos de chumberas y de higueras cuyo verdor alegra la monotonía del terreno. La brisa trae hasta nosotros retazos de conversaciones, risas y gritos de niños y ladridos de perros. Por el campo hombres y mujeres, pero más de éstas que de aquéllas, se ocupan en las faenas de la labranza, porque los moros están aprovechando la tregua para poner sus campos en estado de no perder cosecha. El paisaje respira una paz rústica que contrasta con el aparato bélico de nuestro campo.

Las cornetas suenan. Es la hora del almuer-

por lo tanto, el número de esos criminales codiciosos de celebridad disminuya.

Me acuerdo ahora, y vaya como ejemplo y confirmación de lo dicho, del anarquista francés... (*Fulano de Tal*; ni el nombre importa, ni hay para qué decirlo) que, no há muchas semanas, arrojó una bomba explosiva en la *Cámara francesa*; el tal dinamitero, que no estaba muy sobrado de fondos, empleó, sin embargo, cantidad de relativa importancia en *hacerse retrar* poco antes de llevar á efecto su brutal y estúpido atentado. En el día mismo y tal vez cuando se dirigía á la Cámara con el artefacto de destrucción, recogió las tarjetas fotográficas, de las cuales envió bastantes á sitios en que pudieran ser halladas por los periodistas; halláronlas éstos efectivamente, y como el anarquista esperaba y quería, las publicaron inmediatamente, y ya tenemos al *Monsieur... llamémosle H*) pudiendo decir como aquel valeroso fabricante de cerillas: «*Mi fama por el orbe vuela.*»

Y no vayan ustedes á figurarse que yo repique ahora de la libertad de imprenta, ¿qué he de renegar? Poca fe tienen en los principios aquellos que retroceden ante las consecuencias. Buena, bonísima y santa, muy santa es la libertad de imprenta; y cuanto es más amplia y cuanto es más absoluta, tanto mejor es.

Nunca pediré, como algún antiguo correligionario mío pide, leyes restrictivas para la prensa periódica, lo cual me parece tan injusto como pedir mordazas para los oradores, no; lo que me figuro que sucederá, lo que ocurrirá indudablemente—y ya verán ustedes como no me equivoco—es que nosotros mismos, los periodistas comprendemos que nos honra muy poco la colaboración indirecta y hasta algo inconsciente con asesinos de profesión y dejaremos de contribuir á la celebridad de nuestros más distinguidos criminales.

Bien comprendido esto, que no es difícil de comprender, lo demás se cae de su peso.

No hay señalada en nuestro Código, ni en ningún Código del mundo que yo conozca, pena alguna para quien inicie entre personas bien educadas conversaciones de mal gusto, y sin embargo, nadie las inicia. En sociedad existen, como todos sabemos, temas y asuntos proscritos, absolutamente proscritos de toda controversia amistosa, aun de la sostenida entre individuos de la mayor confianza. No necesito decir cuáles son esos asuntos y á qué género pertenecen esos temas, mis lectores los adivinan seguramente y saben que esas proscripciones podrá ser más ó menos extensa, podrá alcanzar á mayor ó menor número de objetos, según las condiciones y circunstancias, ya de sexo, ya de edad, de carácter ó de posición de las personas presentes; pero la hay siempre, existe siempre, aun en reuniones de familia.

¿Qué legislador ha señalado límites á esa verdadera prohibición? ¿Qué gobierno la impone? ¿Dónde está la sanción penal para el que la desobedece? En esto no hay más legislador ni más gobierno que la urbanidad de todos y el buen gusto y la educación de cada uno; ni hay otra sanción penal que la reprobación unánime de todos los oyentes, cuando algún sujeto mal criado ó bien imprudente, le dice lo que no ha debido decir. A eso se reduce todo, á una práctica de la buena crianza.

Andando el tiempo—y no ha de andar mucho—los periódicos obedecerán también á esas reglas, no escritas en ningún tratado, pero escrupulosas en la conciencia de todos, de urbanidad y de buena crianza periodística, y adoptarán, de comun acuerdo, expreso ó tácito, el procedimiento que algún escritor ha llamado «*la conjuración del silencio*,» contra esos desdichados orates que buscan la celebridad por tan abominables medios.

No puedo temer que algún mi compañero de oficio, tomando el rábano por las hojas, presuma que tengo á los periodistas por faltos de inteligencia ó por ayunos de buena educación; no puedo temer lo ni lo temo. ¿Cómo habría de abrigar esa creencia yo que en muchas ocasiones me he envenado con el título de periodista y que con él me honro en este momento? Pero como algunos, ajenos á la profesión, pudieran no haberme entendido, les diré que al hablar de la buena crianza y de la discreción periodísticas, no me refiero á las que todos los escritores como hombres, como ciudadanos y como caballeros poseemos, y que nadie tiene que enseñarnos, sino á otra educación, hija de la práctica y de la experiencia, y que ahora está naciendo, ó cuando más se halla en mantillas; pero que nos señalará, con criterio seguro, cuáles son los temas y los asuntos que debemos proscribir, para bien de todos, en las columnas de los diarios.

Eso, créanlo Vds., eso llegará... y á eso vamos.

A. SANCHEZ PEREZ.

MADRID

PARA EL CAMPAMENTO

[Navidad!]

Tú, número *tantos* entre los veintidos mil números que hacen el total del ejército expedicionario en Africa, ¿cómo piensas pasar este sagrado y bendito día de Navidad?

El invierno, viniendo de las regiones frías del Norte, ha costado los angulosos perfiles del Occidente de Europa y embocando el encañonado boquete del Estrecho, ha penetrado en el tranquilo Mediterráneo encrespando sus aguas y batiendo furiosamente sobre la costa con ellas. A su llegada han calado masteleros los barcos, huyendo delante de la tempestad para buscar los senos mansos de las bahías seguras, y el puerto ha quedado solo.

Sobre el campamento cae la lluvia sorbida por las nubes hinchadas allá en la convnovid superficial del mar; el viento duro pasa rasando como vuelo rápido de golondrina sobre el campo, y va á llenar el rumor del ejército ocioso hasta el confin misterioso de los poblados enemigos; el cabezo ingente del Gurugú se ha embocado en plomiza bufanda de nubes; los caminos borrados por la lluvia se dibujan vagamente como sendas amarillas, y de los fuertes asoma de vez en cuando, según que el capricho del viento corre ó descorre delante de ellos los girones de nubes, la silueta indeterminada de las casamatas en lo alto ó el punteado de las troneras á lo largo del parapeto.

La decoración que pone la Naturaleza, con todo el aparato que su argumento requiere, á esta Navidad del ejército, ha de predisponer melancólicamente tu espíritu, soldado mío, tu espíritu embohecado por la quietud; pero allí estamos celebrando contigo en espíritu la fiesta cristiana cuantos aquí sonamos rabeles y tambores delante del hogar resplandeciente.

Y—mira, soldado mío—si es verdad esto, que yo llego á tí como embajador de la patria lejana, en nombre de tu madre, de tu hermana, de todos los tuyos, sin importarme los elementos adversos ni la mar irritada, corriendo de cima en cima, saltando luego sobre las aguas de cresta en cresta, cogiéndome al vuelo de la racha furiosa, y llegando así alegre y gozoso la mañanita de Navidad á la puerta de tu tienda para decirte:

—Asoma, soldado, seas quien seas, desde el general en jefe al último machacante que atiza el fuego en que se cuece el rancho; asoma, que conmigo vienen los buenos deseos de cuantos quedan allá pensando en todos vosotros y deseándoos una Navidad alegre.

**

Y ya que estamos juntos, soldado, hagamos de esta tienda un hogar para la noche augusta que va echándose sobre la plaza y corre hacia acá; pon aquí los sarmientos secos, frente al boquete de la puerta para que no nos ahogue el humo... ¡Así! Un fósforo... ¡bum! Ya estamos; mira cómo tiran unas de otras las llamas para subir más pronto; igual que en casa cuando lamen los costados negros de la chimenea; no están ellos, los tuyos, en forma tangible, pero yo los veo en espíritu en derredor de la hoguera; este pelotón es por ahora tu familia y en todos hay algo de la patria, porque aquél es aragonés, éste gallego, estroto andaluz, y con todos ellos formamos el todo sagrado al que sacrificamos esta Navidad pasada en el campamento.

Viene rodada esta guitarra que, mugrienta y todo como está, nos sirve. ¿Estamos? Un poco de silencio...

Noche cerrada; á nuestra espalda la plaza que se sospecha en la oscuridad por un reflejo débil de su alumbrado; enfrente la masa casi indistinta del Gurugú, que sigue envuelto en sus nubes como un gigante reumático que se preparase contra el ábrego mojado que sube del mar; más cerca, ahí mismo, sobre el filo del montículo y destacándose en el fondo del cielo nuboso el bulto del escucha que va y viene, se para y sigue... ¡Canta, andaluz!

**

Canta...

En otra ocasión yo hubiera jurado que canta mal y que la coyla no tiene nada dentro, pero ahora, por lo menos, creo que ha echado al aire el cantar con gran brío, como si hubiesen de oírle allá lejos; el escucha se ha parado esta vez más tiempo para entonar el *alería*, que ha lanzado con mayor vigor, como para desentumecerse, y la coyla va corriendo de tienda en tienda como alegre reguero.

Eso quería yo, soldado, y á eso he venido en nombre de todos, los tuyos, los míos, los de ese que ha cantado, los de esos otros que están sentados en círculo delante del fuego; en nombre de los que han quedado allá diseminados por todo el haz español, de la gran familia, que esta noche y en estos momentos habrá dejado á cada cual su sitio vacío en la mesa como si hubiese de llegar de improviso para ocuparlo. Yo tengo en mi mano el poder necesario para haceros ver á todos en ese fondo oscuro del poblado, como en lienzo de linterna mágica, cuanto allá sucede en los veintidos mil hogares donde laten por vosotros los corazones, unidos ahora más que nunca á vosotros por la virtud, misteriosa y dulce de esta noche, excelsa sobre todas las noches de la cristiandad.

Pero no; prefiero haceros creer que vais perdiendo al tibio reflejo de esa linterna la noción exacta de la realidad; que en la vaguedad del sueño se funde lo que os rodea; que volveis atrás en las pasadas series del tiempo, y que os sentis cunados en el regazo de la madre como en otros días.

Dormid así esta noche de Navidad, y mañana, si Dios quiere alumbrar la Páscoa con un sol alegre que caiga como una bendición sobre el campamento, yo os despertaré uno por uno y señalándoos un punto en el mar sosegado os diré á todos—desde el general en jefe al machacante que atice el fuego en que se cuece el rancho—os diré, repito, como embajador de la gran familia:

—Ejército... ¡en nombre de la patria, felices Pascuas!

FEDERICO URRECHA.

UN LIBRO DE GALDÓS

TORQUEMADA EN LA CRUZ

Con vivísima satisfacción damos hoy al público algo inédito de nuestro gran novelista. La novela que en breve publicará Pérez Galdós se titula *Torquemada en la Cruz*. Gracias á la amabilidad del insigne autor, podemos ofrecer á nuestros lectores un fragmento de este libro.

La muerte de doña Lupe

Pues, señor... fué el 15 de Mayo, día grande de Madrid (sobre este punto no hay desavenencia en las historias), del año... (esto sí que no lo sé: averigüelo quien quiera averiguarlo), cuando ocurrió aquella irreparable desgracia que, por más señas, anunciaron cometas, ciclones y terremotos, la muerte de doña Lupe *la de los paros*, de dulce memoria.

Y consta la fecha del tristísimo suceso, porque D. Francisco Torquemada, que pasó casi todo aquel día en la casa de su amiga y compinche, calle de Toledo, número... (tampoco sé el número, ni creo que importe), cuenta que, habiendo cogido la enferma, al declinar la tarde, un sueñecito reparador que parecía síntoma feliz del término de la crisis nerviosa, salió él al balcón por tomar un poco el aire y descansar de la fatigosa guardia que montaba desde las diez de la mañana, y allí se estuvo cerca de media hora contemplando el sin fin de coches que volaban de la Pradera, con estruendo de mil demonios, los atascos, remolinos y encontronazos de la muchedumbre, que no cabía por las dos aceras arriba, los incidentes propios del mal humor de un regreso de feria, con todo el vino y el cansancio del día convertidos en fluido de escándalo. Entreteníase oyendo los dichos germanescos que, como efervescencia de un líquido bien batido, burbujaban sobre el tumulto, revolviéndose con doscientos mil pitidos de pitos del Santo, cuando...

«Señor—le dijo la fámula de doña Lupe, dándole tan tremendo palmetazo en el omóplato, que el hombre creyó que se le caía encima el balcón del piso segundo,—señor, venga, venga acá... Otra vez el accidente. De esta me parece que se nos va.

Corrió á la alcoba D. Francisco, y en efecto, á doña Lupe le había dado la pataleta. Entre el amigo y la criada no la podían sujetar; trincaba la buena señora los dientes; en sus labios hervía una «salvilla espumosa,» y sus ojos se

habían vuelto para dentro, como si quisieran cerciorarse por sí mismos de que ya las ideas volaban dispersas por esos mundos. No se sabe el tiempo que duraron aquellas fieras convulsiones. Parecióronle á D. Francisco interminables, y que se acababa el día de San Isidro y le seguía una larguísima noche, sin que doña Lupe entrase en caja. Mas no habían sonado las nueve, cuando la buena señora se serenó, quedándose como lela. Diéronle de un brebaje, cuya composición farmacológica no consta en autos, como tampoco el nombre de la enfermedad, se mandó recado al médico, y hallándose la enferma en completa quietud de miembros, precursora de la del sepulcro, con toda la vida que le restaba asomándose á los ojos, otra vez vivos y habladores, comprendió Torquemada que su amiga quería hablarle, y no podía. Ligera contracción de los músculos de la cara indicaba el esfuerzo para romper el lúgubre silencio. La lengua al fin, pellicada por la voluntad, se despegó, y allá fueron algunas frases que sólo D. Francisco con su sutil oído y su conocimiento de cuanto pudiera pensar y decir *la de los paros*, podía entender.

«Sosiéguese ahora...—le dijo.—Tiempo tenemos de hablar todo lo que nos dé la gana sobre esa incumbencia.

—Prométame hacer lo que le dije, D. Francisco—murmuró la enferma alargando una mano, como si quisiera tomar juramento,—Hágalo por Dios...

—Pero, señora... ¿Usted sabe...? ¿Cómo quiere que...?

—¿Y cree usted que yo, su amiga leal—dijo la viuda de Jáuregui, recobrando como por milagro toda su facilidad de palabra,—puedo engañarle? En ningún caso le aconsejaría cosa contraria á sus intereses, menos ahora, cuando veo las puertas de la eternidad abiertas de par en par delante de mí... cuando siento dentro de mí pobre alma la verdad, sí, la verdad, Sr. D. Francisco, pues desde que recibí al Señor... Si no me falla la memoria, ha sido ayer por la mañana.

—No, señora, ha sido hoy, á las diez en punto—replicó él, satisfecho de rectificar un error cronológico.

—Pues mejor: ¿había yo de engañarle... con el Señor acabado de tomar? Oiga la santa palabra de su amiga, que ya le habla desde el otro mundo, desde la región de... de la...

Tentativa frustrada de dar un giro poético á la frase.

«Y añadiré lo que le predico le vendrá de perillas para el cuerpo y para el alma, como que resultará un buen negocio, y una obra de misericordia, en toda la extensión de la palabra... ¿No lo cree?...

—¡Oh! no yo digo que...

—Usted no me cree... y algún día le ha de pesar si no lo hace... ¡Que siento morirme sin que podamos hablar largamente de esta *peripécia*! Pero usted se eternizó en Cadalso de los Vidrios, y yo en este camastro, consumiéndome de impaciencia por echarle la vista encima.

—No pensé que estuviera usted tan malita. Hubiera venido antes.

—Y me moriré sin poder convencerle... Don Francisco, reflexione, haga caso de mí, que siempre le he aconsejado bien. Y para que usted lo sepa, todo moribundo es un oráculo, y yo muriéndome le digo: Sr. D. Paco, no vacile un momento, cierre los ojos y...

Pausa motivada por un ligero amago. Intermedio de visita del médico, el cual receta otra pócima, y al partir, en el recodo del pasillo, pronostica, con solo alargar los labios y mover la cabeza, un desenlace fúnebre. Intermedio de expectación y de frías desesperadas. D. Francisco, desfallecido, pasa al comedor, donde en colaboración con Nicolás Rubin, sobrino de la enferma, despacha una tortilla con cebolla, preparada por la sirvienta en monos que canta un gallo. A las doce, doña Lupe, inmóvil y con los ojos vigilantes, pronunciaba frases de claro sentido; pero sin correlación entre sí, truncadas, sin principio las unas, sin fin las otras. Era como si se hubiera roto en mil pedazos el manuscrito de un sabio discurso, convirtiéndolo en papeletas, que después de bien revueltas en un sombrero, se iban sacando, á semejanza del juego de los estrechos. Ojala Torquemada con profunda pena, viendo cómo se desbandaban las ideas en aquel superior talento, palomar huido y destechado ya.

«Las buenas obras son la riqueza perdurable, la única que, al morirte una, pasa á la cuenta corriente del Cielo... En la puerta del Purgatorio le dan á una una chapa, y luego, el día que se saca ánima, cantan: «número tantos» y sale la que le toca... La vida es muy corta. Se muere una cuando cree que todavía está naciendo. Debieran darle á una tiempo para enmendar sus equivocaciones... ¡Qué barbaridad! con el pan á doce, y el vino á seis, ¿cómo quieren que haya virtud? La masa obra quiere ser virtuosa y no la dejan. Que San Pedro bendito mande cerrar las tabernas á las nueve de la noche, y veremos... Voy pensando que el morirte es un bien, porque si una viviera siempre y no hubiese entierros ni funerales, ¿qué comerían los ministros del Señor?... Veintiocho y ocho debieran ser cuarenta; pero no son más que treinta y seis... Eso por andar la aritmética, desde que el mundo es mundo, tan mal apañada, en manos de maestros de escuela y de pasantes que siempre tiran á la miseria, á que triunfe lo poco, y lo mucho se... fastidie.

Tuvo un ratito de lucidez, en el cual, mirando cariñosamente á su compinche, que junto al lecho era un verdadero espantajo de comiseración silenciosa, volvió al tema de antes con igual insistencia: «Mire que me voy persuadida de que lo haré... No, no mence la cabeza...

—Pero si no la memento, mi señora doña Lupe, ó la memento para decir que sí.

—¡Oh, qué alegría! ¿Qué ha dicho?

Torquemada afirmaba, sin reparo de falsificar sus intenciones ante un moribundo. Bien se podía consolar con un caritativo embusto á quien no había de volver á pedir cuenta de la promesa no cumplida.

«Sí, sí, señora—agregó,—muérase tranquila... digo, no; no hay que morirse... ¡cuidadito! quiero decir, que se duerma con toda tranquilidad... Con que... á dormiros tocan.

Doña Lupe cerró los ojos; pero no tardó en abrirlos otra vez, trayendo con el resplandor de ella una idea nueva, la última, recogida de prisa y corriendo, como un bulto olvidado que el viajero descubre en un rincón en el momento de partir. «Si sabré yo lo que me pesco al recomendarle que se junte con esa familia. Debe hacerlo por conciencia, y si me apura hasta por egoísmo. ¿Usted sabe, usted sabe lo que puede sobrevenir?» Hizo esta pregunta con tanto énfasis, moviendo ambos brazos en

dirección del asustado rostro del prestamista, que éste se previno para sujetarla, viendo venir otro delirio con traqueteo epiléptico. «¡Ay!—añadió la señora, clavando en Torquemada una mirada maternal,—yo veo claro lo que ha de sobrevenir, porque el Señor me permite adivinar las cosas que á usted le convienen... y adivino que con su ayuda ganarán mis amigos el pleito... Como que es de justicia que lo ganen. ¡Pobre familia! Mi Sr. D. Francisco les lleve la suerte... Arrimamos el hombro, y pleito ganado. La parte contraria hecha un trapo miserable, y usted... No, no se han inventado todavía los números con que poder contar los millones que va usted á tener... ¡Perro, si no lo merece, por testarudo y por los moños que se pone!... ¡Menudo pleitazo! Sepa (*bajando la voz en tono de confidencia misteriosa*), sepa don Francisco, que cuando lo ganen, poseerán toda la huerta de Valencia, todas las minas de Bilbao, medio Madrid en casas, y dos terceras partes de la Habana, en casas también... Item, una faja de terreno de veinte y tantas leguas, de Colmenar de Oreja para allá, y tantas acciones del Banco de España como días y noches tiene el año; con más siete vapores grandes, grandes, y la mitad, próximamente, de las fábricas de Cataluña... *Ainda más*, el coche correo de colleras que va de Molina de Aragón á Sigüenza, un panteón soberbio en Caba, y no sé si treinta ó treinta y cinco ingenios, los mejores, de la isla de Cuba... y añada usted la mitad del dinero que trajeron los galeones de América, y todo el tabaco que da la Vuelta Abajo y la Vuelta Arriba, y la Vuelta Grande del Retiro...

Ya no dijo más, ó no pudo entender don Francisco las cláusulas incoherentes que siguieron, y que terminaron en gemidos cadenciosos. Mientras doña Lupe agonizaba, paseábase en el gabinete próximo con la cabeza mareada de tanto ingenio de Cuba y de tanto galeón de América como le metió en ella, con exaltación de moribunda delirante, su infeliz amiga.

La cual tiró hasta las tres de la mañana. Hallábase mi hombre en la sala, hablando con una vecina, cuando entró el clérigo Nicolás Rubin, y consternado, pero sin perder su pederantería en ocasión tan grave, exclamó: *Transit*.

«¡Bah, ya descansó la pobrecita—dijo Torquemada, como dando á la difunta el parabién por la terminación de su largo padecimiento. No quiere decir esto que no sintiese la muerte de su amiga: pasados algunos minutos después de oído aquel lúgubre *transit*, notó un gran vacío en su existencia. Sin duda doña Lupe le había de hacer mucha falta, y no encontraría él, á la vuelta de una esquina, quien con tanta cordura y desinterés le aconsejase en todos sus negocios. Caviloso y triste, midiendo con vago mirar del espíritu las extensiones de aquella soledad en que se quedaba, recorrió la casa, dando órdenes para lo que restaba que hacer. No faltaron allí parientes, deudos y vecinas que, con buena voluntad y todo el cariño que se merecía la difunta, le hicieran los últimos honores, ésta rezando cuanto sabía, aquélla ayudando á vestirla con el hábito del Carmen. De acuerdo con el presbítero Rubin, dictó D. Francisco acertadas disposiciones para el entierro, y cuando estuvo seguro de que todo saldría conforme á los deseos de la finada y al decoro de la familia y de él mismo, pues como amigo tan antiguo y principal, al par de la propia familia se contaba, retiróse á su domicilio, echando suspiros por la escalera abajo y por la calle adelante. Ya despuñaba la aurora, y aun se oían, á lo largo de las calles oscuras, pitidos de pitos del Santo, sonando estridentes por haberse cascado el tubo de vidrio. Oía también D. Francisco pasos arrastrados de trasnochantes y pasos ligeros de madrugadores. Sin hablar con nadie ni detenerse en parte alguna, llegó á su casa en la calle de San Blas, esquina á la de la Leche.

B. PEREZ GALDOS.

Chispas

Vienen de la plazuela graves noticias, que difunden el miedo por las cocinas.

La hermana de la novia de un anarquista, que tiene en Vallehermoso buñolera,

dice que así en la corte como en provincias se han rellenado pavos de dinamita.

Los que á pares les visteis en otros días

entrarse por las puertas pidiendo albricias, cerrádselas de golpe, porque escondida

llevan quizá la muerte de una familia.

Mas para que los pobres no se aperceban del horror y el desprecio con que les miran,

mandádmelos á casa, pues tengo fibra,

para ver si reventan en mi barriga.

—

¿Quién, niña, tendrá la culpa, si te casas con un viejo,

de que al llegar Noche Buena suspires por nacimiento?

Busca pastores robustos en vez de reyes entecos,

mira que es muy triste cosa ver el pesebre desierto.

—

—Sabes que soy tu vasallo —dijo Raimundo á Felisa,—

mas, con cien mil de á caballo, vete á la mies del gallo,

y dame el gallo sin sisa.

—

Sepan ustedes que anoche cumplí los sesenta y dos;

dicen que fue Noche Buena... ¡buenas noches nos dé Dios!

MANUEL DEL PALACIO.

LA NOCHE-BUENA EN SIDI-GUARIAIX

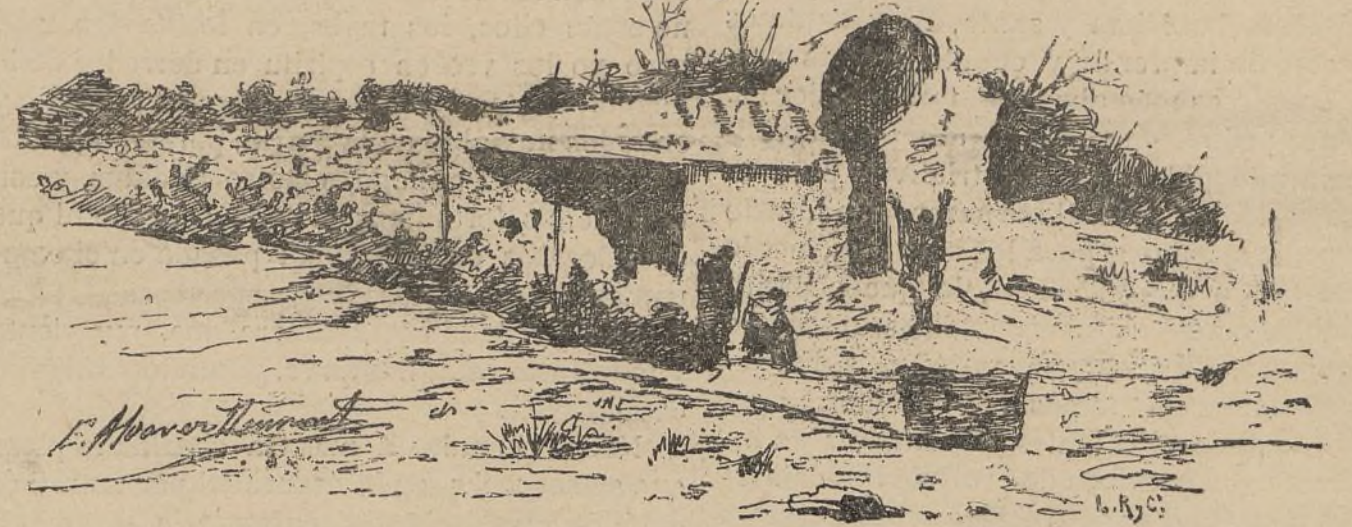


El Cristiano.—¿Y cuándo crees tú que vendrá el ejército de tu hermano?
El Moro.—Te lo podré decir con exactitud en la Noche-Buena del año que viene.

APUNTES DE MELILLA



LA TIENDA DE LOS INGENIEROS EN GUARIAIX



MEZQUITA DE SIDI-GUARIAIX



Regalo de Pascua

zo, y el trabajo en el fuerte queda suspendido por un rato. Por todo el monte forman las tropas pintorescos grupos que invitan al lápiz del pintor. El bajá almuerza también, y al acercarnos nuevamente a él le preguntamos si nos quiere llevar a Fez, su tierra.

—«Meliej»—contesta, como de costumbre, pero añadiendo que cuando acabe la guerra y le llevemos nosotros a Madrid.

—«Las cristianas son muy hermosas»—dice como para explicar su deseo de ir a España.

—«Pero no quieren a los mores»—le contestamos.

Y esta vez no dice meliej el bajá.

MANUEL ALHAMA.



Los madrileños continúan comiendo besugo en Noche Buena como si estuviesen en el mejor de los mundos; pero este año el pez simbólico se ha puesto de pie en muchos estómagos, produciendo perturbaciones íntimas.

Ha habido varios casos de cólico de besugo, que se atribuyen a las malas condiciones en que ha sido pescado este animalito. Dicese que en la calle de la Gorguera hizo explosión una señora por haber comido un besugo de mirada dulce procedente de Santander. Se conoce que el animal se había nutrido con la dinamita del Cabo Machichaco, y más que un besugo de buena fe resultó una bomba explosiva.

No estaría de más que el gobernador persiguiera a los besugos como enemigos de la sociedad y destructores de las personas inocentes que celebran la Noche Buena en familia.

Tampoco los pavos son tan inofensivos como parecen. Hay muchos con viruelas y otras enfermedades



contagiosas; por lo cual los seres previsores compran un pavo y lo primero que hacen es mirarle la lengua y meterles el termómetro clínico debajo del ala.

Lo mejor es observarlos dos o tres días antes de proceder a su ejecución, como hace la señora de Martínez, que coge al pavo y lo arroja, diciendo:

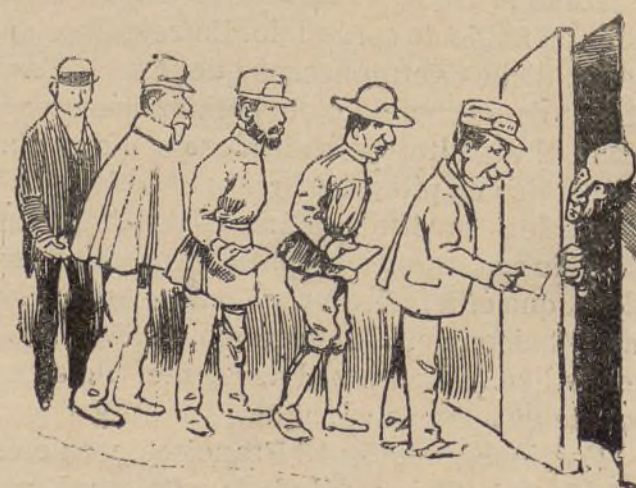
—Si tiene alguna erupción maligna, ahora lo veremos.

—¿Cómo?—le pregunta la criada.

—Promoviéndole la transpiración por medio del abrigo.

Si el pavo suda y no le salen granitos en la piel, es señal de que disfruta de excelente salud, y entonces se procede a decapitarlo con toda delicadeza; pero si aparece el menor indicio varioloso, la señora de Martínez regala el pavo a su cuñada para que lo coma y reviente.

Este año ha aumentado el número de los que solicitan nuestro óbolo generoso con motivo de las Pascuas. Antes pedían aguinaldo los serenos, los repartidores, los de la ronda de las alcantarillas y los peluqueros desahogados; ahora ya piden también los limpiabotas, los sepultureros y los cirujanos de cuarta clase.



De seguir así las cosas, va a haber necesidad de defenderse con las armas en la mano, y de salir a la calle con barba postiza para que no le conozcan a uno.

Ayer quiso pararme en la Carrera un senador vitalicio, y yo apelé a la fuga ante el temor de que me pidiese el aguinaldo; y no tendría nada de particular que mañana llamasen a la puerta de mi domicilio para entregarme una tarjetita redactada en esta forma:

EL CASERO
FELICITA A V. LAS PASCUAS

¡Cuán felices son algunos!
La lotería de Navidad ha sembrado la dicha entre unos cuantos caballeros, ayer indigentes y hoy poderosos.

A las de Elimonete les han tocado diez y ocho duros y dos pesetas, porque habían jugado con el tendero de la esquina, y desde que han sabido la agradable noticia no salen de la tienda.

—Victorino, venimos a cobrar.

—Bueno, ahora no me es posible despachar a ustedes, porque estoy reconociendo este bacalao.

—¿Tiene alguna novena?

—Sí, lo encuentro algo desmejorado desde anoche.

—¡Ay! Todos estamos así con estos frios. ¿Puede usted pagarnos aquello?

—Ahora no es posible. Ellas se van y vuelven a la media hora.



—Ya sabe Vd. a lo que venimos.

—El caso es que yo no he podido cobrar.

—¿Caramba!—replica la Lemonete madre.—No está bien que retenga Vd. fondos que no son suyos. El dinero parado no produce nada.

Victoriano se ha visto en la precisión de adelantar los dieciocho duros y dos pesetas, para quitarse de encima a la mamá y sus retoños, y ellas, en cuanto percibieron la suma, se fueron corriendo a comprarse unos borsas de plumas de gallo teñido que paven los corazones.

Dentro de tres días, la iglesia conmemorará la degollación de los Santos Inocentes.

Reciban nuestra tarjeta todos aquellos que confían en la actitud enérgica del gobierno para resolver el asunto de Melilla.

LUIS TABOADA.

MADRID.—1893

Cromotipia y fotograbado de L. R. y C.ª, S. Bernardo, 69

Tirado en máquina cromotípica rotativa Marimon.

TINTA, LORILLUX

Imp. de EL IMPARCIAL a cargo de Angel García